

Paredes, y sobre todo por Gonzalo de Córdoba, por el entendido y valeroso vencedor del Garellano, que solo entre tantos ha conseguido pasar á la historia con el renombre del *Gran Capitán*.

La muerte de Isabel la Católica fue llorada extremadamente por los españoles; tal vez presentían que las naciones tienen sus períodos de apogeo á los que siguen mas tarde nuevos períodos de decadencia, y por intuición presagiaron tras las glorias de Pavia y de Lepanto las vergonzosas escenas que habian de tener lugar junto al lecho mortuario de Carlos II.

Colocado en un puesto elevado por la magnánima Reina, que supo descubrir en Colon al hombre que habia de realizar lo que prometia, y en Gonzalo de Córdoba, al valiente guerrero y al organizador de sus ejércitos, quedó el cardenal Cisneros, noble y grande figura que se destaca poderosamente de entre aquella pléyade de sábios, de religiosos y de guerreros.

Cisneros participa de los tres caracteres. La Universidad de Alcalá, la impresion de la *Poliglota* y la conquista de Oran, los representa gráficamente.

Navarra era entre tanto la única parte del territorio español que no pertenecía á la corona de Fernando, y mientras Pedro Navarro prosigue en África la obra de Cisneros, el rey conquista aquella parte segregada de sus dominios hasta entonces, y la unidad completa de España queda terminada.

Mas, como dice perfectamente un historiador de nuestros dias, decretado estaba sin duda, que tan pingüe herencia fuese patrimonio de manos extrañas.

Muertos los Reyes, habiéndoles precedido antes sus hijos, queda solamente para sucederles una princesa casada con un príncipe extranjero, y presa de una enajenacion mental que la incapacitaba para la gobernacion del Estado,

Muere su esposo, la locura de la Reina toma proporciones mas alarmantes, y la colosal herencia de los Reyes Católicos va á parar á manos de un príncipe mas alemán que español, y que, aun cuando ha de dar grandes dias de gloria á España, ha de inaugurarse, sin embargo, produciéndola terribles y sangrientos trastornos.

Cárlos I subió al trono de los Reyes Católicos, solemnizando semejante acontecimiento con un acto de incalificable ingratitud.

«Estos son mis poderes,»—habia dicho el cardenal Cisneros á los nobles españoles señalándoles los cañones y mosquetes de los soldados, cuando le preguntaban con qué medios y en virtud de qué poderes estaba gobernando; y el pago que dió el Monarca á aquel enérgico ministro que le habia dado un poder absoluto, que habia sabido frenar á aquella nobleza que creyó por un momento llegado el caso de resucitar los antiguos tiempos de su omnimodo poder, fue la desdñosa carta, con la cual, ó le ocasionó, ó le aceleró la muerte.

Cárlos I llegó á España rodeado de flamencos, que solo pensaban en explotar la rica mina que en ella se les presentaba, y menospreciaban á los españoles, á quienes debían su fortuna.

El Monarca, desconociendo el idioma, la tierra y las costumbres del país en que no habia nacido, y que sin embargo estaba llamado á regir, no hizo nada para templar el disgusto que tanto él como los suyos causaban; y presto el disgusto trocóse en cólera, la cólera en exasperacion, la exasperacion en rebelion declarada, y las *Comunidades* fueron la consecuencia de las rapacidades de los flamencos, de la falta de tacto del monarca y del orgullo lastimado de los españoles.

Fruto de una demanda desusada en su forma, y de la convocatoria de Cortes para un punto extremo de la Península, fue aquel levantamiento, con mas justicia en su fondo, que con prudencia y circunspeccion dirigido.

Creyeron los comuneros que les bastaba con la justicia de su causa para alcanzar la victoria, y la falta de haber sabido atraerse á la nobleza, fueron á expiarla en un cadalso Padilla y sus compañeros.

Desde los campos de Villalar, las Cortes quedan ya reducidas á un papel muy secundario, sin ser convocadas mas que para votar los impuestos.

Léjos D. Cárlos del reino que comenzaba á regir con tan deplorables auspicios, el imperio absorbe su atencion, y como dice perfectamente un historiador, desde este momento la historia del emperador eclipsa y oscurece á la del rey.

La grandeza que resplandece en todas sus concepciones, los vastos planes que concibe, desarrolla y ejecuta con una precision admirable, corresponde perfectamente á la grandeza y á la extension de sus dominios.

Figura colosal en medio de las colosales figuras de su tiempo, se eleva y se destaca poderosamente entre monarcas como Francisco I de Francia y Enrique VIII de Inglaterra y pontífices como Leon X.

En Francia, en Alemania, en Flandes, en África, en Turquía, viósele combatir sin que le arredrasen ni alianzas enemigas, ni distancias, ni contrariedades.

Hernán Cortés le facilitó el dilatado imperio de los Motezumás; el almirante Doria le facilitó el dominio de los mares; y la aparicion de Lutero dió á su reinado la gloria de que para combatir á aquel atrevido reformista, apareciese durante él Ignacio de Loyola.

Al fraile de Witemberg se opuso el decidido papista español; y el Concilio de Trento, inaugurado en el reinado de Cárlos, fue otro de los grandes acontecimientos de este reinado.

Por fin llega un dia en que el coloso siente vacilar sus hombros ante la inmensa carga que sustentaba.

La multitud de viajes que habia hecho, aquella extraordinaria actividad de que dió tan patentes muestras en el campo de batalla y en el gabinete del político, habian gastado sus fuerzas y se sintió debilitar.

Entonces, arrojando de sí tantos laureles como alcanzara, desciéndose la corona que por tan dilatado espacio llevara, fué á colocarla sobre las sienes de su hijo Felipe.

Aquella corona, aunque desmembrada del vasto imperio alemán, todavía abrazaba España y Flandes y aquel mundo descubierto por Colon, y continuado por Hernán Cortés y otros audaces navegantes y soldados.

Cárlos I, despues de haber sido soldado y diplomático; despues de haber traído agitada y revuelta á toda la Euro-

pa; despues de haber impuesto leyes á todas las naciones, pasó desde el suntuoso alcázar de sus glorias á la humilde celda de solitario monasterio, donde entregó su alma al Criador en medio de las mas austeras penitencias.

Completamente distinta es la fisonomía de los dos reinados, que casi por completo abrazan todo el siglo XVI. En los dos se refleja de una manera gráfica el carácter de ambos monarcas.

Representantes y mantenedores del Catolicismo ambos, difieren sin embargo en los medios empleados para conseguir la unidad religiosa, á que los dos aspiran.

Felipe II es indudablemente una de las figuras, ó tal vez la primera de la España moderna, que mas merece ser estudiada por lo mismo que ha sido objeto de tantos y tan encontrados pareceres.

Tanto como los unos le ensalzan, le deprimen los otros; y hay quien le juzga de fanático y de tirano, y quien le apellida rey santo y libertador de la Iglesia.

Cada uno, tal vez, de los historiadores que le han juzgado, lo ha hecho con arreglo á sus ideas ó á sus pasiones; en sus juicios se refleja mas bien la simpatía ó antipatía del hombre, que el recto é imparcial criterio del historiador.

Á nuestro juicio, en Felipe II existen muchas grandes cualidades que admirar como monarca; pero debemos ser francos, á pesar de reconocerle aquellas, no podemos amarle.

Al lado del hombre político estamos viendo sin cesar al déspota, y á la par que los grandes resultados de su política, vemos tambien la falta de escrupulosidad en los medios que para obtenerlos empleaba.

Desde el fondo de su gabinete, Felipe II sabia cuanto pasaba en todas las cortes extranjeras.

Nadie como él para conocer á los hombres que podian servirle; y aquel espionaje recíproco que tenia establecido entre todos cuantos le servian, produciendole maravillosos resultados para la cautelosa política á que tenia encadenada la Europa.

Tenia genio para dominarlo todo; su padre le tenia tambien para lo mismo; pero los medios empleados por ambos fueron totalmente distintos.

Mas orgulloso, mas déspota que Cárlos V, no admitia freno alguno á su voluntad; y por lo tanto, aquellas Cortes que el Emperador redujera á un papel tan secundario, las redujo Felipe á la nulidad; y las libertades, heridas de muerte por el padre en Villalar, fueron á sucumbir á manos del hijo con la muerte de Lanuza en Aragon.

Segun le convenia utilizaba á los hombres, ó se deshacia de ellos; no vacilaba en emplear toda clase de medios para llegar al fin que se habia propuesto; pero jamás para ello emprendia el camino mas recto; desorientaba á sus contrarios por medio de aparentes designios, y solamente llegaban á comprenderle cuando se sentian heridos de muerte.

Cuadros sombríos ofrece á cada paso el reinado del sucesor de Cárlos V.

El suplicio de los condes de Horn y de Egmont, el famoso proceso del pastelero del Madrigal, la misteriosa muerte del príncipe D. Cárlos, el asesinato de Escobedo, y el ruidoso proceso de Antonio Perez, son otros tantos acontecimientos lúgubres y terribles, que revisten de una tinta sombría todo el reinado en que tuvieron lugar.

Felipe II por nada se intimida, ni por nada se sorprende. La alegría ó el pesar, la cólera ó el despecho, si en su corazon se agitaban, no rebotaban jamás hasta su semblante.

Era su rostro la firmísima roca, contra la cual iban á estrellarse todas las furiosas tempestades que pudieran desencadenarse en el océano de su corazon.

De la misma manera recibió la noticia de la ejecucion de los flamencos, que la del desastre de la armada *Invencible*, que la del triunfo de Lepanto.

Trasunto fiel del carácter de este Monarca nos ha quedado en el monasterio del Escorial, colosal retrato de granito de aquel Monarca, que por nada se asombraba y ninguna consideracion le detenía.

En este edificio hay algo de austero, de sombrío, que domina, que infunde respeto, de la misma manera, que al contemplar á su fundador, debía sentirse involuntario terror y supersticiosa veneracion.

Y en medio de todas estas grandezas, á pesar de todo el maquiavelismo empleado por aquel Monarca en su política exterior ¿diéronle sus empresas todo el resultado que se habia propuesto?

En el decurso de nuestra historia podremos apreciar debidamente si los beneficios estuvieron en justa relacion con los esfuerzos, si el célebre tratado de Vervins compensó los millares de hombres sacrificados y los millones de ducados invertidos; si los enemigos que suscitó á Isabel de Inglaterra pudieron compensar las depredaciones del Drake y el desastre de la *Invencible*; y si las treguas ajustadas con el turco, fue todo lo que debia esperarse del memorable triunfo de Lepanto.

Es verdad que se conquistó Portugal; que por un momento pudo realizarse la completa unidad de la península ibérica; pero ¿fue la dura política de Felipe la mas á propósito para atraerse aquella parte de territorio, segregado de España tantos siglos hacia, y que habia creado por lo tanto una nacionalidad propia?

Tiempo tendríamos de verlo, y á la par observaremos un fenómeno extraño en una época en que la Inquisicion estaba poniendo trabas constantemente al pensamiento humano, y en que parecia que el estruendo de los combates debia apagar todos los demás sonidos.

Las letras brillan de una manera extraordinaria en medio de esa época, siendo tal el impulso que en medio del batallador reinado de Cárlos V y del austero y sombrío de Felipe II recibe la literatura española, que sus resplandores alcanzaron á los dos reinados siguientes para sucumbir con el decaimiento de la monarquía austríaca, con el imbécil y enfermizo Cárlos II.

Felipe III sucede á su padre, y jamás medalla alguna ha presentado un reverso mas distinto que el que ofrecen estos dos reinados.

Tras de Felipe II, á quien nadie pudo dominar, viene Felipe III que no tiene pensamiento, idea, ni accion propia; obra tan solo por su favorito, á cuya firma da el rey la misma autoridad que tiene la suya.

El duque de Lerma era el rey sin la corona; Felipe III era la corona sin el rey.

Á la severa corte del padre sucede la fastuosa del hijo; la nobleza de las provincias acude á establecerse en la corte; las fiestas suceden á las fiestas; aumentanse los impuestos en la proporcion que se acrecen los gastos; y provincias enteras se truecan en áridos yermos, puesto que los labriegos emigraban porque los grandes, residiendo en la corte, no daban ocupacion en sus provincias á los artesanos y jornaleros.

Y la guerra en el exterior continuaba, y Flandes proseguia siendo la profunda sima en que se sepultaban nuestros hombres y nuestros tesoros; y ni de la muerte de Isabel de Inglaterra se sacó el partido que se debiera, ni la privanza del de Uceda era mas beneficiosa para el país que lo fue la de su padre el de Lerma.

Y como si no fueran bastante todas las faltas cometidas en aquel reinado, fue á ponerles el sello la famosa expulsion de los moriscos que llevó consigo la de nuestro comercio, la de nuestra agricultura, y la de nuestras artes.

Á un rey como Felipe II que jamás habia consentido favoritos, siguió con sus sucesores la era de los privados; y á los de Felipe III sucedió el conde-duque de Olivares con Felipe IV, el mas desastroso de todos para España.

Frente al indolente hijo de Felipe III estaba el astuto Luis XIII de Francia, y frente al inepto conde-duque de Olivares alzabase el genio activo, político y sagaz del cardenal de Richelieu.

Todo fueron desastres para España; el Rosellon y la Cerdeña dejaron de ser españoles, para convertirse en franceses; Portugal se emancipó de la dependencia de Castilla; Flandes é Italia siguieron tambien el mismo camino, y la España de Carlos I redujose al mas lamentable estado en el reinado de su descendiente Carlos II.

La paz de Nimega no fue otra cosa mas que el halago del Monarca francés, que ya pensaba sentar sobre el trono de España á un príncipe de su familia; y Carlos II, dominado alternativamente por una madre ambiciosa, por un hermano que miraba con envidia la corona que ceñia á sus sienas, por dos esposas intrigantes, por confesores fanáticos y por nobles corrompidos, sucumbió finalmente entre los exorcismos del Escorial, y las luchas palaciegas, y las intrigas referentes á su sucesion, dejando por toda herencia á la nacion que habia poseido considerables ejércitos, poderosas escuadras é inmensos tesoros, por todo ejército, veinte mil hombres tan mal disciplinados como mal vestidos; por toda marina, trece galeras en deplorable estado; por toda poblacion, en una nacion que habia asombrado al mundo, seis millones de habitantes; y por tesoro, la penuria y la absoluta carencia de fondos, para atender á las mas indispensables necesidades.

Tal es á grandes rasgos el período que vamos á recorrer en la tercera Época de nuestra historia; época que constituye la de mayor apogeo de nuestra patria, así como tambien la de su mayor decadencia.

En el espacio de dos siglos veremos aparecer grandes monarcas, esforzados guerreros, hábiles políticos, enérgicos reformistas, palaciegos intrigantes, favoritos completamente nulos; veremos ensancharse mas nuestros dominios, constituirse nuestros ejércitos, dominar por doquiera el pabellon español, para ir desapareciendo poco á poco todas estas glorias, marchitarse nuestros laureles, y hundirse finalmente toda una dinastía, en medio de una nacion empobrecida y humillada, dejando paso á otra dinastía, cuyo entronizamiento habia de costar torrentes de sangre y largos años de continua y encarnizada guerra.



CRISTÓBAL COLON.